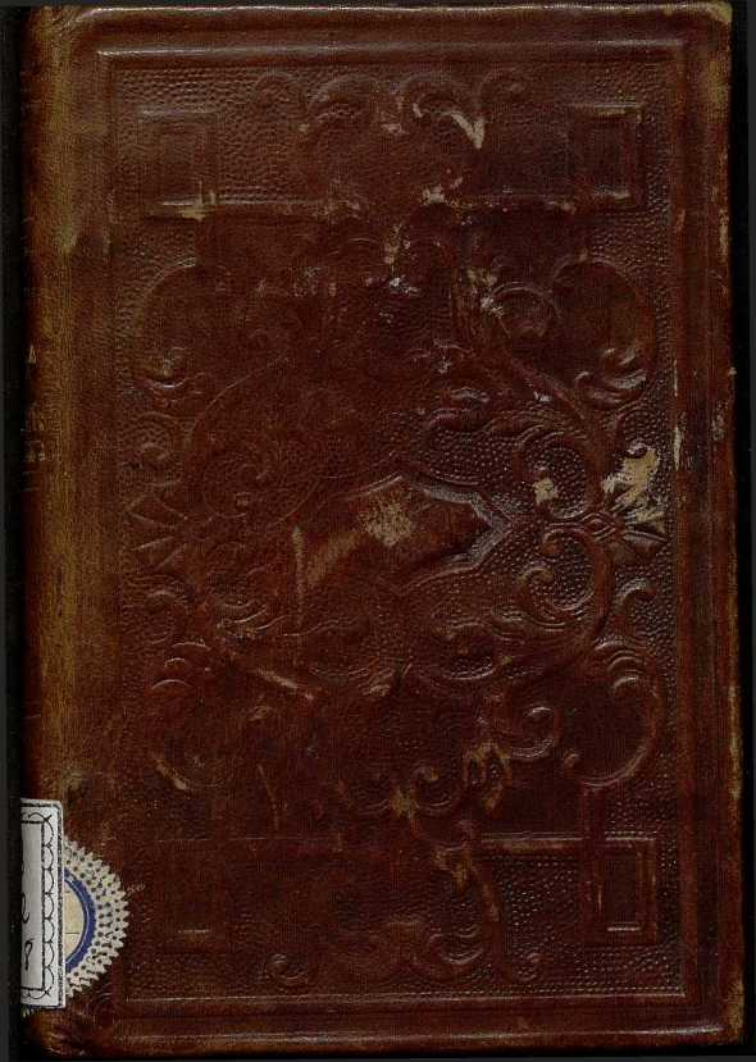
B
22
528



Biblioteca Universitaria
GRANADA
Sala B
Estante 74
Tabla
Número 101

Biblioteca Universitaria
GRANADA
Sala B
Estante 74
Tabla
Número 101

№ 2
28-610

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Sala: B
Estante: 22
Numero: 528

# DEBERES DE LA MUJER.

BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
DE
GRANADA

DEBERES DE LA MUJER.

R.-16224

# DEBERES

DE

# LA MUJER,

COLECCION DE ARTÍCULOS

SOBRE

## LA EDUCACION,

POR LA SEÑORA

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
Establecimiento tipográfico de R. Vicente,
calle del Clavel, 4.
1866.

Esta obra es propiedad de la autora.

Donado á la Biblioteca Universitaria de Granada, en memoria del malogrado poeta BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

# DEDICATORIA.

A mi adorada hija

## MARÍA DE LA GLORIA.

---

*Al dedicarte, hija mia, este pequeño libro, que te presentaré el dia en que cumplas siete años, no hago sino seguir una fórmula cariñosa, porque á decir verdad todas mis obras te están dedicadas, pues para tí escribo; por tí sigo la espinosa carrera de las letras; tú me inspiras, y si Dios puso el númen en mi mente, el deber maternal guia mi pluma, y escuchando los tiernísimos ecos de mi corazon, que es todo tuyo, no puedo crear ningun tipo que no esté en armonía con el sentimiento que me le sugiere; no puedo espresar ningun concepto que no lleve el sello de la religion, de la moral cristiana,*

*base imperecedera de todas las virtudes y de todas las nobles cualidades.*

*Por razon natural habrás de sobrevivirme y llegarás un dia á juzgar los escritos de tu madre; ¡ay! ángel de mi vida, yo quiero que en aquel momento asomen á tus ojos lágrimas de gratitud y de ternura, comprendiendo que no hay en las páginas que te lego ni una sola mancha, ni un solo pensamiento que pueda hacerte ruborizar.*

*¡A! no quiera Dios que tengas nunca que avergonzarte por los escritos de tu madre; si no tienen mis obras mérito literario, tendrán al menos sana moral; porque me guia el afan de que en la niñez te sirvan de ejemplo y en el curso de tu vida encuentres útiles y provechosas lecciones en las fábulas que para tí escribo, lleno el corazon de tu amor.*

*Para llegar á la cumbre de la felicidad, no hay mas que dos sendas, la de la virtud y la del deber; acátalas siempre, ángel mio; virtud y deber sean tu norma; no hay, no puede haber remordimiento en el deber cumplido; no hay, no puede haber mancha*

*en la virtud; y á la sombra de estas dos sendas preciosas se llega al fin de la jornada, con el corazon satisfecho y el alma gozosa y feliz.*

*No hay dicha mas grande que el deber cumplido; cúmplele siempre, hija mia, como yo cumpliré la tarea que me impongo de enseñarte la virtud y el deber en todas mis obras.*

**Tu madre,**

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Madrid y Diciembre de 1866.

# DEBERES DE LA MUJER.

## I.

### Para con los padres.

(Honra á tus padres y
te honrarán tus hijos.)

Es muy frecuente observar que en la educacion moderna ha sustituido el atrevimiento y desenvoltura al respeto y cariño que se debe á los autores de nuestros dias.

Duélenos en el alma ver que muchos niños, pequeñuelos aun, tratan á sus padres de una manera inconveniente, y nos indigna mucho mas que por debilidad de carácter ó por un cariño mal entendido, se toleren estos resabios tan perjudiciales en las criaturas, porque los hábitos que se adquieren en la niñez tarde ó nunca se olvidan. Se dice generalmente, y es una ver-

dad, que árbol que crece torcido nunca su tronco endereza; y lo mismo acontece con los niños. Grábese en sus mentes infantiles una idea, y la conservará hasta la vejez y será la norma de su vida.

Por esta razon, en igual de permitírseles ciertas familiaridades y atrevimientos para con sus padres, es un deber de estos inspirarles la sumision y el mas profundo respeto, que hermanados con un santo y dulce cariño, produce mas tarde tan ópimos y escelentes frutos.

La benevolencia y el amor que tributamos á nuestros padres contiene una semilla preciosa, semilla que fructifica en nuestros hijos, pues con frecuencia estamos viendo en los muchos ejemplos que el mundo nos ofrece, cómo los hijos siguen con los padres las mismas máximas que estos han seguido con los suyos.

Muchas veces he oido á mi noble y honrado padre (Q. E. P. D.): «hija eres y madre serás, lo que tú hagas contigo harán.» Santas palabras, que grabadas en mi alma no se han borrado ja-

más. Es una verdad consoladora y exacta; por eso recomendamos á los padres que inspiren á sus pequeñuelos tan benéficas ideas, y no solo recogerán el fruto en el amor de sus hijos, sino sus bendiciones cuando estos sean padres y comprendan el inmenso bien que recibieron al conocer tan bellas doctrinas.

El ser buenos hijos lleva en sí la recompensa, recompensa justa y espontánea que el mundo no puede menos de tributar, concediendo sus alabanzas y su admiracion á los que saben desempeñar tan sagrados deberes con la bondad y resignacion debidas.

Un ejemplo auténtico voy á citar, que por lo bello no podrá menos de ser grato á nuestras lectoras.

Hace pocos dias asistimos á la boda de un brigadier, amigo nuestro, recien venido de América. No conocíamos á la novia y nos maravilló ver en ella, no una jóven bella y elegante, sino una respetable señora de cuarenta años, muy modesta y de agradable figura nada mas, si bien

sus rasgos demuestran que en la juventud habrá poseído una belleza espléndida.

Hé aquí su historia:

Leonor, así llamaremos á la novia (pues nos ha prohibido revelar su verdadero nombre), era hija de un coronel que murió en los campos de batalla durante la guerra civil, defendiendo los derechos de Doña Isabel II, dejando viuda á su esposa en lo mas florido de su edad, cuando apenas contaba veinte años, y madre de Leonor, que tendria algunos meses.

Pasó mucho tiempo, y la viuda se casó con un empleado de corto sueldo, atendiendo mas bien al amor que á la conveniencia.

Por efecto de este matrimonio, la pension pasó á Leonor como huérfana del coronel, y siguió disfrutándola su madre, que á la vuelta de algunos años se vió rodeada de hijos y con pocos recursos, pues su marido enfermó y quedó cesante.

Desde este momento Leonor, que era una mujer, se convirtió en el ángel tutelar de la fa-

milia; con su pension atendia á sus necesidades, y con su solicitud y su cariño á esparcir entre ellos la dicha y el bienestar.

No hubo nunca criatura mas amante de su madre que Leonor, ni hija mas respetuosa, ni hermana mas tierna y leal.

Ella cuidaba de los pequeñuelos, ella asistia á todos en sus enfermedades, ella se hizo cargo de todos los quehaceres de la casa, descansando á su madre y convirtiéndose además en la maestra de sus hermanos, á quienes enseñaba los rudimentos de primera enseñanza y algunas nociones de música y de idioma francés que ella poseia.

Pero no consistió en esto solamente la virtud de Leonor, no se limitaron sus sacrificios á consagrar á su familia su existencia y su haber, les sacrificó aun mas esta noble mujer, porque sacrificó en aras del deber su corazon, sus afecciones y su porvenir.

Era virtuosa, joven y bella, y fué amada con locura por un jóven capitan; no pudo menos de

corresponderle, porque era uno de esos hombres tan simpáticos y distinguidos que no se puede conocer sin amar profundamente. Durante algun tiempo disfrutó las delicias de aquel amor santo y puro, mas llegado el momento de realizar la union, vió las lágrimas de su madre y de sus hermanos, que perdiendo su pension quedaban en el mayor desamparo, y se aterró pensando que el sueldo de capitan que disfrutaba su futuro esposo no era bastante paro atender á la subsistencia de una familia tan dilatada; entonces, esclava de su deber y de su familia, renunció al matrimonio, encerró su amor en el fondo del alma y se consagró por entero á ser una buena hija.

El capitan desesperado y loco de dolor se marchó á América, de donde veinte años despues ha vuelto ya de brigadier, soltero aun, porque en su larga carrera no ha encontrado una mujer que como Leonor se sacrifique por su madre.

Hoy esta noble mujer ha recibido la recom-

pensa, casándose con el hombre á quien adoró toda su vida; y siendo en su distinguida posicion muy útil á dos de sus hermanas, únicas que le quedan de su dilatada familia.

No hace mucho la oimos decir: «solo siento haberme casado tan tarde, porque ya no es probable que Dios bendiga nuestro matrimonio con frutos de bendicion, es el único pesar que tengo en la vida. ¡Ay! me seria muy grato tener una hija que hiciese por mí lo que yo hice por mi madre.»

Es una verdad; quien siembra recoge, y la semilla de la virtud y del amor filial fructifica siempre.

## II.

### Para con su esposo.

(El yugo del matrimonio es muy dulce cuando le ha formado el amor.)

El giro de libertad y despreocupacion que va tomando nuestra sociedad actual, imposibilitan y dificultan cada dia mas el matrimonio.

La moda, esa tirana del hogar y de la ventura doméstica, ha entrometido tambien su varita mágica en las íntimas costumbres de la familia, empezando por dividir el lecho nupcial.

Se casan dos amantes, y lo primero que preparan es habitacion independiente para cada uno, de manera que las costumbres se individualizan, y cuando las voluntades y los cuerpos están separados, no puede formarse un alma de

dos, no pueden ser unos mismos sus afectos y sus sentimientos.

El marido empieza por vivir á su capricho, á su libre albedrío, dejando á su inesperta y jóven compañera en la soledad, entregada á la influencia de una imaginacion romancesca y apasiosanada, que la finge en óptica ilusion sus sueños de niña, los ardientes delirios de su adolescencia.

—«Mi esposo no me ama, puesto que me abandona por ir á divertirse con sus amigos.»

Hé aquí la primera espina que se clava en el corazon de la tímida esposa, la primera nube que empaña el horizonte conyugal.

No hay nada que hiera mas profundamente el alma de una jóven que el primer desengaño en amor. Apasionada y tierna la mujer por naturaleza, si se casa enamorada, cifra en el amor de su esposo su ventura toda; hace un mundo de este amor, y en él encierra todas las delicias, toda la felicidad de la vida; todo lo sacrificaria gustosa viviendo contenta en un desierto por

disfrutar su dicha, de la que se muestra tan avara; porque el primer desengaño la anonada, destroza su corazon, aja su amor propio y mata su alma.

Evitemos, por Dios, esa primera mancha que oscurece la dicha en el matrimonio, que amenaza turbar la paz doméstica y que altera la armonia conyugal.

Los hombres no aman de la misma manera que nosotras; pero cuando se hallan en este caso, deben por interés propio mirar las consecuencias de su desamor, que tienden á destruir, quizá para siempre, la santa y recíproca confianza de sus almas.

Si falta la confianza, falta el amor, y ya no hay unidad posible en el matrimonio. Empiezan por ocultarse su resentimiento, y esta reserva, en quienes debe ser todo espansion y cariño, es la fuente de las desavenencias futuras. Si la mujer es frívola, veleidosa, de quebradiza y frágil virtud, ¿cuántos males, cuántas desgracias no arrojará sobre la frente de su esposo y

de sus hijos, abandonada á sí propia y llevando herida el alma por lo que juzga el desamor de su esposo, y que solo es una consecuencia natural de las costumbres del siglo?

¡Ah! evitemos esa influencia perniciosa, esas costumbres impías; establézcanse la virtud y el amor bajo sólidas bases, y hágase un templo del matrimonio, un altar donde se rinda imperecedero culto á las afecciones del alma.

Si esto sucede en los matrimonios por amor, ¿qué será en tantos como se hacen hoy por conveniencia ó por interés? Borrascas, borrascas contínuas ofrecen tan solo esos lazos en sus vergonzosos anales; escándalos perpétuos y escarmiento de muchos, que serian buenos esposos, y que huyen de la coyunda como de un infierno donde no hay dicha ni paz posibles.

Esto es lo que se consigue, desvirtuar la fé del matrimonio y hacer cada dia mas imposible esa santa alianza bendecida por la Iglesia y sancionada por el cielo. Y cuéntese que destruido el matrimonio, la familia fenece, el hogar se pier-

de, y sin familia y sin hogar no puede hallar la criatura felicidad posible, porque esas dos íntimas y puras afecciones del alma son las verdaderas, son las únicas que constituyen la universal armonía, la paz y la alegría en este mundo, donde todo es deleznable y perecedero.

En el campo, en las aldeas, se observa mejor el matrimonio que en las grandes ciudades; allí se vé el cariño inmaculado y santo; la concordia y la union; aquí se vé el orgullo, la eterna desavenencia y la indisciplina.

La indisciplina he dicho, y no me retracto, permítaseme llamar así á esa manía de las mujeres por querer abrogarse los derechos del esposo. Ellas se revelan contra la autoridad marital, y llenas de orgullo la rechazan. «En un dia nos casaron, iguales son mis derechos que los tuyos,» suelen decir algunas en el colmo de la insensatez. Error, necio error que las precipita ciegas de cólera en la senda de los desaciertos.

La mujer ha nacido para obedecer al hombre,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

no para ser su esclava, sino su compañera, su hermana, á la que debe proteccion y toda clase de consideraciones y atributos.

¡Ah! no seré yo la que clame por la emancipacion de la mujer; no seré yo quien pida ni apoye con mi pluma la independencia del sexo, por la que abogan algunas ilusas soñadoras sin fé y sin creencias.

El matrimonio es el árbol sagrado que nos cobija; bendito sea su amoroso yugo, que nos da la dicha; bendita sea la autoridad marital, que proteje y ampara nuestra débil naturaleza, nuestra inesperta juventud.

El someterse al imperio del marido no degrada, no rebaja ni abate el orgullo ni las atribuciones de la mujer, antes es una gloria, aun en la sociedad mas culta, que hoy tiene tan relajadas sus costumbres.

«Honra á tu esposo y te honrarás tú misma.» Esto debe hacer toda mujer que se estime en algo, toda la que vea en su decoro y en su virtud el escudo que ha de protejerla contra las

asechanzas del vicio, contra las libertades del mundo.

Es verdad que hay hombres débiles, apocados, ineptos á veces y sin fuerzas para llevar el timon de la casa; en este caso antes de zozobrar debe llevarlo la mujer, que se encuentre mas dispuesta para ello; pero guárdese de hacer alarde de esto, que algunas juzgarán una ventaja, y que es seguramente una desgracia. Procure ocultar á todo el mundo la ineptitud de su esposo, porque al arrojar el ridículo sobre su cabeza, le arrojaria sobre sí misma y sobre la frente de sus hijos.

Solo el hombre hace respetar á la mujer, porque él tiene el deber, la fuerza y el derecho; acojámonos, pues, á su imperio, imperio dulce y grato cuando le forja el amor, cuando le sostiene la union de dos voluntades, la atraccion de dos almas y el inmarchitable cariño de dos corazones que no envejecen para amarse, porque la base de su amor es la sumision de la esposa, la proteccion leal del marido, la confianza

recíproca, la virtud y la felicidad de ambos que, llenos de fé y de respeto hácia el santo lazo conyugal, llevan su cruz con resignacion y con amor, convirtiéndola en una cruz de flores que les brinda con sus evangélicos perfumes el paraiso en la tierra.

## III.

### Para con los hijos en la niñez.

(La mujer en el momento de ser madre deja de pertenecerse así misma.)

¡Madre! Santa palabra de dulcísimo embeleso, de encantador significativo. ¿Quién al pronunciarla no siente enternecido el corazon y húmedos los ojos? No hay sola una persona para quien esta palabra no sea un manantial de placeres ó de recuerdos. De placeres si vive, si tiene junto á sí á su madre, de recuerdos dolorosos si la ha perdido.

¿Y en qué consiste esta universal simpatía? En la mision santa, consoladora, y magnánima de la madre.

La mujer que ha recibido de Dios el don de la maternidad, deja de pertenecerse así misma, para pertenecer por entero á sus hijos, para

consagrarse en cuerpo y alma al pequeño rebaño que les confia el Señor.

El primer deber de una madre es criar á sus hijos; la primera obligacion que la naturaleza la impone es lactarlos por sí misma; en ello gana su salud y su hermosura, porque el criar no envejece, como equivocadamente creen algunas, sino al contrario, presta nuevos encantos á la mujer, preservándola quizá de graves enfermedades.

Tambien la costumbre, al invadir el santo terreno del hogar doméstico, ha separado á las madres de los hijos, como ha separado al esposo de la esposa al dividir el lecho nupcial.

Hoy no es de buen tono que las señoras elegantes crien á sus pequeñuelos, y los entregan á una robusta montañesa, á una asturiana cerril, ó á una selvática vizcaina. Cuanto mas imbéciles sean, mejor; solo se mira que tenga buena y fresca leche, lo demás es indiferente; esas *madres madrastras* que abandonan á sus hijos, no se detienen en reflexionar que con la leche se tras-

miten á la criatura las enfermedes, los vicios de las nodrizas y sus instintos buenos ó malos.

No hace mucho tiempo que oí decir á una señora reprendiendo á un hijo suyo: ¡Jesus! que criatura tan torpe, se parece á su nodriza.

Y efectivamente, el niño habia sacado la ineptitud de su ama de leche.

¿Y cuántos adquieren sus enfermedades?

¿Cuántos sienten desarrollarse en su naturaléza vicios escrofulosos, herpéticos ú otros mucho peores?

Para evitar estos males, toda la que ame á sus hijos debe lactarlos por sí misma, y al cumplir con este deber sagrado no podrá menos de esperimentar delicias inefables, porque no hay placer mas santo, mas grande y mas puro que el que proporcionan las primeras caricias, las primeras sonrisas con que agradecen esos ángeles de amor el alimento que reciben.

Las que siguiendo el curso de la sociedad actual se privan de tan inmensa satisfaccion por tener libertad para asistir á los bailes y á las di-

versiones, no saben lo que se hacen, y en su locura dejan la verdad por la mentira.

La mentira, digo, porque todos esos goces que solo satisfacen los sentidos son falsos, efímeros y deleznables; el verdadero placer es el que tiene su raíz en el alma, el que hace latir el corazon, el que estremece todas sus fibras mas delicadas, haciendo asomar á los ojos un llanto de enternecimiento y de ventura.

Este placer se siente á cada momento en el hogar doméstico; este placer le disfrutan las madres todas las horas del dia. Recuerdo haber oido, no sé dónde ni cómo, que una mujer de mala vida acudió un dia al tribunal de la penitencia, confesando haber arrojado al mar á tres hijos que habia tenido en el momento de darles á luz.

El sabio sacerdote, que sin duda debió haber sido madre antes que hombre, la echó de penitencia que criase por espacio de dos meses al cuarto hijo que llevaba en el vientre.

La ramera empezó por cumplirlo, con la idea

de que lo mismo la daba arrojar á la criatura al nacer que sesenta dias despues, y de este modo tenia la absolucion de sus pecados. Empero no contaba con la naturaleza y con el admirable instinto de la maternidad: llegó el dia señalado y no se encontró con fuerzas para desprender de su seno aquel ángel que la sonreia, y que al estraer suavemente el jugo de sus entrañas la hacia esperimentar una sensacion desconocida para ella, un placer purísimo que no tenia igual con ninguno de los placeres que hasta entonces habia conocido en su vida aventurera.

Huyó aterrada de la orilla del mar, besando á su hijo como una loca, y aquella inocente criatura fué su ángel de redencion; entró en el camino de la penitencia y fué una buena madre y una mujer honrada por el influjo benéfico de la lactancia y la maternidad.

¡Ay! ojalá que muchas de esas mujeres, que jamás han puesto el pecho en la boca de sus hijos, lo intentasen alguna vez: ojalá tuvieran el capricho de esperimentar por sí propias si es

una verdad cuanto llevo dicho; bien pronto se convencerian de que nada valen los aplauso y las diversiones de una noche de orgía, comparados con el placer purísimo de alimentar y dormir en su seno al ángel de su amor.

Mis palabras y mis máximas son hijas de la conviccion mas profunda; lo digo por esperiencia propia, no como muchas personas que hablan de la virtud sin conocerla; hablan de la maternidad sin haber tenido la dicha de ser madres: ¿qué puede entender del amor á un hijo la que no le ha sentido latir en sus entrañas?

La esperiencia es la razon: dése, pues, crédito á la esperiencia y atiéndanse sus razones.

Las mujeres frívolas hablan de frivolidades; las madres deben hablar de sus hijos.

Despues de cumplido este primer deber de la buena madre, atiéndase con entera conformidad al segundo, que es el ejemplo. Los niños imitan lo que ven, y en sus almas infantiles se graban profundamente las primeras ideas que reciben.

Por eso el ejemplo en las costumbres y en las palabras es una necesidad en la madre de familia. Procure siempre que la moderacion, la templanza y la benignidad sean la base de su carácter; por ningun motivo debe dejarse arrebatar por la ira en presencia de sus hijos; esos movimientos impremeditados en que sin reflexionar se espresa un deseo de venganza, son fatales para los pequeñuelos, porque es una mala semilla arrojada en sus almas inocentes, la que puede un dia dar perversos frutos. Procúrese que no conozcan en su niñez el odio, la envidia, el orgullo, ni esas pasiones mezquinas que suelen formar el carácter de las criaturas cuando son mal dirigidas ó tienen á la vista un ejemplo pernicioso.

La madre, al darles el ejemplo de sumision y respeto al marido como jefe de la casa, les enseña la obediencia y á respetar á sus superiores, manantial purísimo del bien, que es la fuente de todas las virtudes, porque el hijo humilde, obediente y respetuoso es blanda masa donde se imprimen con facilidad las saludables máximas de

la virtud, que apoyadas por el ejemplo, son la base de su dicha futura.

Lo que tambien debe evitarse con cuidado en los pequeñuelos es la vanidad y el amor propio; jamás una madre debe alentar en sus hijos esos alardes de orgullo que tienden á convertirlos en reyezuelos. El despotismo con que mandan á veces á sus criados es perjudicial, porque se hacen altaneros y recojen odio y animadversion en vez de cariño y simpatía.

La exagerada complacencia de algunas madres suele ser fatal para los niños, porque criándose con demasiado mimo se acostumbran desde pequeños á ver satisfechos todos sus caprichos y no comprenden las contrariedades de la vida, sufriendo mucho mas cuando empiezan á tocar las consecuencias de su escesiva confianza.

El quebrantar con dulzura, y al propio tiempo con firmeza, los impertinentes caprichos de la niñez, es un bien para las madres y para los hijos, porque se los acostumbra á la docilidad

y vencerse sin trabajo ninguno en las muchas amarguras de que se halla rodeada nuestra mísera existencia.

Las primeras palabras que deben aprender á pronunciar son el nombre de Dios y de la Vírgen: las primeras ideas la religion, el amor á Dios y al prógimo. Esto corresponde á la madre, que con el ejemplo inculcará en sus ánimos la santa semilla que ha de hacerlos buenos cristianos, buenos hijos y buenos padres de familia.

Conozco á una madre que viendo á uno de sus hijos atormentando cruelmente á una pobre mendiga, le dijo:

—¿Por qué lastimas á esa niña?

—Porque es tonta, y aunque la castigo no se defiende, contestó el niño con descaro.

Entonces la madre cogió al niño y empezó á castigarle del mismo modo que lo hizo él con la niña, hasta que el dolor obligó al chico á prorumpir en lastimeros gritos.

—¿Te duele? ¿no te gusta que te lastime? le preguntó con dulzura la señora.

—No, mamá: no quiero que me hagais eso, sufro mucho.

—Pues bien, hijo mio, lo mismo le sucede á esa pobre niña: no hagas tú nunca á nadie lo que no quieras que te hagan á tí mismo.

Santa y evangélica máxima, que debe hacerse aprender á todos los niños.

La maternidad es un sacerdocio, y la mujer, en el momento de ser madre, no se pertenece á sí misma, se debe á sus hijos, porque ella es el árbol sagrado de la familia, que infunde la fé, la caridad y el amor en el hogar doméstico.

## IV.

### Inclinaciones de la niñez.

Una madre debe desplegar mas que nunca los tesoros de su celo y de su inteligencia cuando sus hijos salen de la inocente y risueña infancia para lanzarse en el golfo de las pasiones humanas.

La tierna niñez, los primeros años de las inocentes criaturas, deben ser objeto por parte de las madres de un cuidado incesante, minucioso y estremadamente prolijo; son los afanes del jardinero que vela por la conservacion de una planta preciosa, y que una vez asegurada su existencia en disposicion de dar ricos frutos, debe redoblar sus atenciones á fin de preservarla de la intemperie, de los huracanes y de los insectos, que á semejanza de los vicios que degradan á la criatura, corroen las plantas estrayendo y envenenando su jugo.

La tierna madre es el esperto jardinero que ha visto brotar á su lado el vástago querido con que Dios, en su infinita misericordia, se ha dignado demostrarla sus beneficios y su inmensa bondad. Planta preciosa de la vida, que en muestra de gratitud al Sér Supremo que se la concede, debe guiar por la senda del bien, abriendo sus ojos á la luz de la razon y de la cristiandad.

Nadie como la madre puede inculcar en el ánimo de sus hijos las ideas de moral y de religion, que son las bases de toda felicidad en el mundo y en la vida eterna. El hombre impío no puede ser feliz; el hombre religioso que alimenta en su alma la sagrada llama de la fé y la creencia de otro mundo mejor, vive siempre con la esperanza de ver recompensadas sus virtudes y sobrelleva con resignacion las contrariedades de esta vida transitoria, que es preciso atravesar para llegar á la vida eterna, cuya única puerta es el sepulcro.

Inculquen las madres esta idea en el tierno corazon de sus hijos, y será el orígen de su

bienestar en la tierra, y á medida que vayan creciendo, procuren, como el buen jardinero, que aparta las malas yerbas de sus plantas preciosas, arrancar de sus corazones las semillas de los vicios y de las pasiones bastardas, que siempre asoman su asquerosa cabeza en la niñez, y cuyos primeros instintos es preciso destruir antes que se apoderen y tomen carta de naturaleza en el ánimo de la inocente criatura.

El instinto del mal es el primero que se observa en los niños; sus tendencias son destruir y hacer daño, y gozan, riéndolo con calor, el mal que han hecho aplicando algun tremendo garrotazo sobre cualquier indefenso animalito, persona ú objeto de valor. No sienten el dolor que causan, no conocen la pérdida del mueble precioso que han roto, y solo miran que al hacer el mal han tenido un momento de satisfaccion.

Es muy frecuente en las niñeras, y aun en los mismos padres, procurar á los niños esta horrible diversion, que empieza por hacerles grata la maldad y sabrosa la venganza. Pégale,

pégale un palo á ese tonto que no quiere darte una flor, decia no ha mucho tiempo un padre á su pequeñuelo.

Esto, como se comprende, es despertar el deseo de vengarse en un corazon tan tierno, que es blanda cera, donde se graban con indeleble marca los instintos buenos ó malos que se impriman en él y que serán la norma de su vida.

Desde que tienen uso de razon es preciso ir destruyendo las malas semillas, si se quiere que lleguen sanos á la juventud; el árbol carcomido y viciado en su naturaleza no puede dar buenos frutos; hágasele crecer derecho y robusto y será la gloria del buen jardinero que supo cultivarle con tanto acierto.

Las faltas de respeto y sumision para con los mayores no deben nunca tolerarse en los niños; la ancianidad es sagrada y merece todas nuestras atenciones; además es preciso que la criatura tenga siempre respeto á la superioridad; acostúmbrese á la idea de que hay algo sobre ella; en la juventud sus padres, en todo tiempo Dios.

Hay muchas personas que confunden el respeto con el temor, y están satisfechas con que sus hijos los teman y no se atrevan ni á respirar en su presencia. Esto tambien es un mal, porque se hacen hipócritas y aprenden á disfrazar sus sentimientos, ocultándoselos á sus padres y dando en el estremo opuesto, que es la reserva, cuando la espansion mas pura deben tener los hijos para con los padres, si quieren estos apoderarse de su corazon para conocer sus inclinaciones y dirigirlos por el camino de la rectitud y de la bondad.

Respeto y confianza, esto es lo que deben las madres inspirar á sus hijos desde sus primeros años; nunca un temor ridículo, nunca ese temor exagerado que les hace temblar en su presencia; los padres han de ser amigos cariñosos para sus hijos, nunca tiranos que manifiestan su despotismo, haciéndose odiar en igual de amar y respetar.

La persona que es amada verdaderamente, adquiere una gran influencia sobre aquel cora-

zon que le rinde sus homenajes, y no necesita de castigos ni de ridículo temor para hacerse obedecer y para imponer su ley.

Inspire la madre un cariño profundo y una confianza instintiva y sin límites á sus pequeñuelos, y le bastará su influencia para conseguir un resultado benéfico, dominando sus voluntades y conduciéndolos blandamente por el camino del bien y de la virtud.

Los resultados de la primera edad no se conocen hasta que los hijos entran en la juventud. A veces son camorristas, pendencieros, vengativos y malvados; frutos perversos del árbol que creció torcido y no se supo corregir á tiempo. Cuando ya llegan á este estremo, los vicios han echado raíz en su corazon, forman la base de su carácter, y la correccion es imposible para los padres que no supieron enmendarla á tiempo y que tienen que sufrir las consecuencias de su imprevision, porque un corazon indómito y rebelde solo se humilla ante los desengaños del mundo y ante el peso de su conciencia, y

esto sucede cuando van declinando en la carrera de la vida, cuando han hecho la desgracia de sus padres y la suya propia.

¡Qué cariño tan mal entendido es el de algunas madres, que á trueque de no disgustar á sus hijos les dejan salirse con sus gustos, y no tienen valor para quebrantar ni uno solo de sus infantiles caprichos!.... Error, torpe error que pagan harto caro cuando ya el niño se ha hecho voluntarioso y rebelde, y al pretender una cosa imposible ó perjudicial, se ven obligadas á negársela, sufriendo los efectos de su anterior condescendencia, porque la negativa hace tomar al niño una coragina que le produce un ataque cerebral, poniéndole á las puertas de la muerte.

Remedio tardío; la madre conoce su falta y quiere poner correctivo por medio de castigos duros y humillantes que ofenden el amor propio del adolescente, le exasperan y producen en su alma frutos distintos del que debiera esperarse, que son la ira, la cólera y la humillacion de verse ultrajados por la persona que hasta entonces

se les mostrara tan débil y tan complaciente.

Y no es este el solo mal de no corregir los defectos de las criaturas en la niñez, es aun peor la idea que adquieren de que todo es benigno y risueño en la vida, puesto que ellos son tan mimados, tan consentidos y hallan satisfechos todos sus caprichos. Crecen con la idea de una dicha sin límites, y al primer contratiempo, á la primera contrariedad que el mundo les ofrece, su alma se anonada, no tienen valor para resistirla y desfallecen, sintiendo no tener fuerzas para sobrellevar un mal, al que no están acostumbrados, ni sus padres, en su perjudicial condescendencia les han hecho comprender.

Mucho me detendré en las consideraciones sobre los hijos; los niños son mi gloria, mi único afan, y quiero inculcar en el ánimo de las madres las máximas que observo con los mios. Adóptenlas por bien suyo; son hijas de una esperiencia dolorosa, y nunca son mas eficaces las lecciones de moral que en boca del hombre que nos da la palabra con el ejemplo; nunca mas

verdaderas las de obediencia filial que en boca de una madre que las aprende en el ejercicio de la educacion de sus propios hijos.

Hay muchos tratados de educacion escritos por hombres célebres, por escritoras distinguidas, que beben sus inspiraciones en los libros ó en la sociedad; pero muy pocos ó ninguno por madres que beben en la fuente de la maternidad, que hacen prácticas sus lecciones por el ejemplo y por la esperiencia que presta el verse rodeadas de esos pequeños ángeles, que bien dirigidos y educados son la única y verdadera felicidad que puede endulzar las amarguras de la vida.

## V.

### Sobre la modestia

La modestia es uno de los mas bellos atractivos de la mujer; virtud preciosa que deben inspirar las madres á sus hijos.

La vanidad, el descaro y la desenvoltura han invadido en alto grado nuestra moderna sociedad. Pocas, muy pocas son las jóvenes que hoy ignoren las cualidades que poseen; envanécense con su hermosura, con sus encantos, y se muestran altivas y orgullosas, haciendo gala de sus dones y ostentándolos como rica mercancía en gran mercado.

La ignorancia del propio mérito es el orígen de la modestia y el mas bello atributo de la mujer.

La madre que ame á sus hijas y desee verlas felices, no debe hacerlas comprender su hermosura, sus talentos ni sus cualidades especiales.

Este defecto tiene, como todos, su raíz en la infancia; desde muy pequeñitas se enorgullece á las niñas, se las hace creer que son bellas y se incomodan cuando las llaman feas, siquiera sea en broma.

Se las acostumbra á la lisonja, y cuando escuchan la verdad les amarga; llegan á la juventud despojadas de esa aureola brillante con que la verdadera modestia ciñe la frente de las niñas y con el atrevimiento que les presta su desenvoltura, se lanzan á buscar conquistas, olvidando aquel antiguo adagio de que «el buen paño en el arca se vende» y con el descaro en los ojos y el cinismo en el alma, manifiestan su deseo de casarse, el único anhelo de su corazon, que es hallar un *partido ventajoso*

La juventud del sexo feo pulula en torno de estas mariposas de brillantes colores, las conoce á primera vista porque lee en el descaro de sus ojos *soy hermosa*, y en el atrevimiento de su mirada *me vendo á buen precio.*

Aquí entra la lucha; ellos se rien, las siguen,

las adulan, ponen en el cielo sus gracias, sus inefables encantos. Se muestran apasionados, rendidos, muertos de amor. ¡Amantes de un dia! que liban el jugo de la flor para deshojarla despues.

Las altivas bellezas que conocen el precio de su hermosura, siempre dicen: «yo valgo mucho mas» y siguen impávidas su camino, lanzando sobre sus adoradores desdeñosas miradas que ellos reciben como otras tantas saetas, y heridos en su amor propio no tarda el desprecio en asomarse á su labio.

¡Pobres mujeres las que cifran su mérito en la ficticia hermosura!.... ¿qué vale la belleza comparada con las cualidades del alma?

Oropel; falso oropel que deslumbra un momento y en el fondo no es nada; no tiene mas valor que el de la primera vista; agrada á los ojos, pero no habla á los sentidos.

En cambio observad á la jóven verdaderamente modesta que ha sido educada por su noble y buena madre.

¡Qué diferente conducta! ¡que contraste! el que forman la rosa y la violeta. Admirable comparacion que la misma naturaleza nos presenta.

La hermosa niña aprendió desde su niñez que la hermosura es humo que desvanecen los huracanes de la vida, que no tiene mas valor que el que le presta el gusto mas ó menos exagerado de los hombres, y como no cifra la felicidad en la hermosura, no hace caso de ella y hasta ignora que la posee.

Esto de por sí ya es un atractivo; no conoce sus cualidades, y como no las ostenta las deja brillar con su propia luz, con el verdadero encanto que les presta el pudor y la modestia.

Las madres deben cuidar ante todo que sus hijas desde la niñez tengan una ignorancia completa de su propio mérito, que se fijen en las cualidades del alma como las únicas que pueden dar una dicha verdadera, mirando como ficticio y transitorio todo lo que halague solamente los sentidos.

Una niña modesta, piadosa y buena; que con

las lágrimas en los ojos practica una buena obra de caridad, logra conmover el alma, hace asomar el llanto y deja en el corazon una ráfaga inestinguible de simpatía y cariño. Se la ama por su virtud, y el sentimiento que inspira es verdadero, inmutable, eterno.

En cambio vemos á una bellísima jóven, es un portento de gracias, una belleza espléndida y soberana.

¡Qué hermosa mujer! decimos. La impresion que nos causa es la admiracion, la sorpresa. Los sentidos se alegran y hasta la razon suele turbarse un momento; pero la hermosa vision desaparece y solo queda en nosotros un recuerdo ligero de su beldad, que no tarda en desvanecerse porque no logró penetrar en nuestra alma; solo halagó los sentidos, y estos goces son falsos, no tienen base imperecedera, como la tienen los que proporciona la virtud.

Una niña descarada causa una repugnancia instintiva, una niña que baja los ojos y se ruboriza al sentir sobre sí la mirada de un hombre

es un encanto, porque demuestra la inocencia de su alma y la ignorancia de su propio mérito. Desconoce los sentimientos que inspira, y con la turbacion propia de su modestia se recoge en el velo de su pudoroso rubor huyendo á la oscuridad, como la tímida violeta entre las verdes hojas que la cubren.

Empero de aquella oscuridad vuela á sacarla el hombre que ha sido herido por sus fugitivos rayos.

No tiene en su retiro una espléndida córte de adoradores; pero halla uno solo que la ama y la comprende. Conquista un corazon entusiasta que es todo suyo, y vale mas un corazon sincero que millares de pasajeros caprichos.

Aquel hombre no la engaña, y se constituye en su apoyo, su defensor legítimo, su único amigo; árbol que le presta sombra en las tempestades humanas.

Mientras que las brillantes mariposas de espléndidas galas hallaron muchas simpatías en su fugaz carrera; pero no arrastraron tras sí

ningun corazon amante, ninguna de esas afecciones grandes y puras que inspira la verdadera virtud y la modestia.

Les llega el otoño de su vida y entran en el invierno de la vejez despojadas de sus atractivos, con el corazon vacío por el desengaño y el alma herida por la soledad y el abandono.

Sus gracias eran humo que se desvaneció con el soplo del tiempo, y envanecidas con ellas no conservaron los encantos del alma, el cultivo de la buena yerba, que crece y fructifica siempre, dando sus ricos frutos en el invierno de la vida.

Formen las madres el corazon de sus hijas y habrán cumplido con su mision en la tierra; no basta dar la vida, es necesario conservarla con la vigilancia y el cuidado, es un deber sagrado dirigir á la tierna generacion que está confiada á nuestra esperiencia y nuestro celo por el camino de la rectitud, por la senda del bien.

La inocente criatura que llega al mundo con la alba pureza de los ángeles, no sabe separar las

espinas de las flores; no ve el negro barro de los lodazales del mundo, y deja manchar su blanca vestidura si la mujer á quien debe la vida no sabe guiarla, apartando los peligros de su paso, y enseñándola á distinguir el oro verdadero del falso, si su mano esperimentada no la presta el necesario apoyo, presentando ante los ojos de su inocencia el ejemplo de la modestia, que sin hacer alarde de su mérito consigue agradar por su dulce perfume y obtiene la simpatía general y el aplauso sincero de todos los corazones generosos y sensibles, que siempre buscan el atractivo de la sencillez y de la escondida y misteriosa virtud.

Las gracias que se ostentan parece como que solicitan compradores, y todo el mundo tiene derecho á dudar si la mercancía es falsa ó de orígen sospechoso, porque al mostrarse con tanto afan y con tan poco recato, manifiesta un deseo desmedido de ser admirada y de poseer un aprecio que rara vez se consigue con el atrevimiento y la desenvoltura.

La sencillez y la modestia son los mas ricos dones que busca el hombre en la mujer; el ruboroso pudor que á manera de celestial rocío baña su frente, es el mejor y mas bello adorno de las niñas, su aureola mas brillante y la mas rica joya para la corona de su felicidad.

## VI.

### La soberbia.

La soberbia es un afan desordenado de sobreponerse á los demás, una satisfaccion íntima de las propias dotes con desprecio de las agenas

La soberbia es una de las malas propiedades que mas contribuyen á destruir en los niños las buenas dotes; es un vicio que nace en los corazones tiernos, y crece prodigiosamente como la mala yerba.

Para destruir esa semilla infame es preciso cortarla de raíz, ó por mejor dicho, no debe dejársela brotar en el corazon de la niñez. Casi todos los niños son soberbios y altaneros; se encolerizan con frecuencia, toman rabietas y no pueden sufrir las contrariedades, porque, acostumbrados á hacer su gusto, quieren que todo se les

presente fácil y llano, y desean que los estraños se sometan á su capricho. Estos deseos y esta cólera infantil son los primeros efectos de la soberbia que asoma su venenosa cabeza para enseñorearse despues en el ánimo del adolescente y del hombre formal, que no habiéndola adivinado en un principio se deja avasallar por ella.

Este cuidado, pues, debe ser uno de los deberes mas esenciales de lo mujer al enseñar á sus hijos á dominarse á sí mismos: nadie mejor que una madre, con ese instinto sublime de que se halla dotada, puede conocer y cortar de raíz esa semilla infame que da tan malvados frutos, como son la ingratitud, la envidia y el odio, hijos naturales de la soberbia.

Muy fácil es acostumbrar á los niños á la humildad, á la mansedumdre y á la dulzura; de este modo se combate la soberbia, haciéndoles contraer hábitos opuestos.

Veamos algunos ejemplos.

Un pequeñuelo que apenas ha dejado los an-

dores se empeña en apoderarse de un precioso juguete de china que ve sobre una mesa.

—No puedes cogerle, hijo mio, que le romperás, y es de tu hermana, le dice su madre.

—Yo lo quiero, contesta el niño con la tenaz insistencia de la voluntad contrariada.

—¡Vaya, no puede ser! Déjalo y vente, dice la madre pugnando por arrancarle de allí.

El niño, soberbio y enfurecido, se arroja al suelo, patalea, se arranca los cabellos, y grita de una manera espantosa.

—¡Jesus! ¡qué genio tiene esta criatura! No se le puede sufrir; ¡toma, toma el juguete; siquiera por no oirte te daria yo toda la casa, dice la madre, poniendo con torpe complacencia el precioso juguete en manos del niño, y satisfaciendo de este modo su empeño, que le da derecho á ser otra vez mas exigente.

Instantáneamente se calma el furor del soberbio pequeñuelo; pero como el conseguir su deseo le ha costado un disgusto, toma ya el objeto con ira, y poco despues, cuando se ha con-

vencido de que está satisfecho su capricho, lo arroja al suelo, destruyendo el juguete por completo y mirando con risa burlona los pedazos esparcidos sobre el pavimento.

—¡Ves! ¡qué lástima de juguete! dice la madre; si no te le hubiera dado; la culpa me tengo yo; y ahora tendremos otro disgusto con la niña cuando vea su juguete roto.

Efectivamente, la niña llega, se encoleriza contra su hermano, los dos se disgustan, lloran y arman un altercado que los hace díscolos y pendencieros; poniendo en conmocion á toda la familia, y dando mas alas al soberbio niño, á quien contemplan todavía, por el temor de que se ponga malo.

Estas primeras complacencias son el semillero de las discordias intestinas.

—Si no refrena V. los humos de ese niño les va á dar mucha guerra, dicen á la madre.

—¡Bah! ¡si es tan pequeño!... responde esta acariciándole, y como queriendo protejerle contra las antipatías que se ha creado por su genio díscolo.

Y esta madre estará muy satisfecha de su conducta, y se figurará hacer á su hijo un gran bien con su necio y mal entendido cariño, sin comprender que su debilidad, su falta de tacto, harán crecer la soberbia en el corazon del niño; pero de tal modo, que mas tarde no pueda dominarla y la produzca sérios y muy graves disgustos.

Siempre se escudan las madres con que sus niños son pequeños, y no conocen que cuanto mas pequeños mas fácil es inclinarlos á la bondad y á la paciencia.

No aconsejaria yo en el ejemplo anterior la violencia ni el castigo; todos los estremos son malos, y este seria en estremo perjudicial, porque al chocar yerro contra yerro no puede producir ningun resultado benéfico; para estos casos está la prudencia y el talento de la madre, que sabe negar á su hijo el logro de un capricho de una manera indirecta, empleando medios suaves y persuasivos, aunque firmes, para hacerle desistir de su propósito, dándole precisa-

mente lo contrario de lo que desee, á fin de que se acostumbre á no ver nunca logrado su gusto y á conocer que domina la voluntad de otro antes que la suya.

Jamás una madre debe ceder ante las exigencias de sus niños; la inflexibilidad de carácter debe ser una de sus primeras cualidades; el conservar siempre su firmeza y su dignidad es un bien inmenso que la da prestigio y la hace respetar, acostumbrándose los niños á no insistir en sus pretensiones cuando una vez le han sido negadas.

Veamos otro ejemplo de soberbia y altanería: Dos niños de diez ó doce años juegan á la pelota en la azotea de la casa de uno de ellos.

Ambos han sido criados por sus madres con ese mimo y esa complacencia, que hace brotar en los corazones tiernos las malas semillas de la soberbia y la ira, con todo su séquito de pasiones bastardas.

Empiezan por disputarse la posesion de una pelota; los dos creen tener derecho á ella; riñen,

se enfurecen, y llenos de cólera concluyen por golpearse, arrimándose á la barandilla de la azotea. La soberbia ciega generalmente, mucho mas á los niños que ya son ciegos de por sí, porque no han abierto todavía sus ojos á la luz de la razon; no saben lo que se hacen, y en medio de su lucha, el mayor, que tiene mas fuerza, deja caer, sin saber cómo, al pequeño desde la azotea á la calle. Al verle caer se aterra ante su propia obra, huye á esconderse en un rincon de la casa temeroso del castigo que le espera, hasta que la justicia y los padres de la víctima entran á dar cuenta de lo ocurrido y en averiguacion del hecho, y le sacan del escondite, turbada su débil razon por aquel golpe funesto, y convertido en un idiota que rie estúpidamente ante el cadáver del niño que precipitó desde lo alto, y á quien no reconoce.

¡Qué inmensa desgracia!.... ¡Qué horrible dolor no debe ser este para los padres que no han sabido refrenar en sus hijos el espíritu de altanería, que les hace creerse superiores á todos, y

que les acostumbra á ensalzarse á sí propios en desprecio de los demás, creyendo siempre que el mejor derecho es el suyo!!...

Hé aquí las consecuencias de no enseñarlos á dominarse: desgracias de esta naturaleza hay muchas: mil ejemplos pudiéramos citar que se ofrecen diariamente á nuestra vista. Empero por no hacer interminable este artículo, vamos á concluirle citando un hecho que presenciamos hace algunos años.

Una señorita hermosa y elegante, pero muy mal educada y pobre, encontró un partido ventajosísimo, concertándose en poco tiempo su casamiento con un opulento capitalista, que, enamorado fuertemente de su belleza, la creia un ángel, á juzgar por la dulzura de su rostro.

El mismo dia en que iba á efectuarse la boda llegó el novio, preparado ya para la ceremonia; los convidados esperaban en el salon, todo estaba dispuesto, y la novia no parecia. Deseoso de inquirir la causa de aquella tardanza, entró el novio en las habitaciones interiores, y al

llegar al tocador se encontró á la madre de la novia desolada y llorando, que le dijo con angustia:

—¡Ay! ¡Entre V. por Dios, á ver si puede V. calmar á esa criatura, que se ha entregado á un acceso de furor horrible por yo no sé qué tontería.

El jóven entró, y vió que su futura reñia fuertemente y golpeaba sin consideracion á una pobre criada que habia tenido la torpeza de mancharla el vestido de boda.

Las descompuestas frases de la novia y su iracundo rostro, en el que se pintaba la cólera, aterraron al jóven, que vió desvanecida en un momento toda la ilusion que sentia por ella.

—Señorita, la dijo con calma, no es esta ocasion oportuna de dar vuelo á esa soberbia desenfrenada que debe albergarse en su pecho, cuando esperan los convidados, y cuando está dispuesto el altar.

—¡Oh! esto es insoportable; y tambien V. me acrimina..... ¡Pues no me caso! dijo la jóven de-

jándose llevar de la ira, y creyendo que el enamorado jóven se arrojaria á sus piés para suplicarla; pero él, que súbitamente habia cambiado de parecer, contestó tomando el sombrero:

—Aplaudo, señorita, esa resolucion, porque no me seria grato dar á mis hijos una madre que les llevara en dote la soberbia.

Diciendo esto, salió de la casa para no volver mas, dejando á toda la familia atribulada y en el compromiso consiguiente á un caso tan raro como impensado.

La jóven perdió por su mala educacion y por no saber refrenar los ímpetus de su mal carácter, un marido que hubiera hecho su felicidad, habiéndose divulgado la aventura, que dificultó su colocacion con otro, porque nadie ha vuelto á pretenderla, y á consecuencia de esto se ha hecho su genio todavía mas díscolo y ágrio que antes era. Su pobre madre sufre los efectos de su mal sistema, recogiendo los frutos envenenados de la complacencia perjudicial que se tiene con los hijos, y los no menos perniciosos de la

soberbia, que transforma las criaturas en víboras abominables, cuando podrian ser ángeles de amor y de bondad, y convierten en un infierno el hogar doméstico, que hubiera podido ser un paraiso de interminables delicias.

Donado á la Biblioteca Universitaria de Granada, en memoria del malogrado poeta BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

VII.

## El trabajo.

El trabajo de la mujer es como el grano de trigo que recoge la hormiga laboriosa.

La ociosidad es la madre de todos los vicios; el trabajo es la fuente de la prosperidad. Todas las personas de corazon recto y alma elevada comprenderán la irrefutable verdad que encierran estas máximas y no podrán menos de acatarlas, haciendo que sus hijos las acaten tambien, rindiendo entusiasta culto al santo trabajo, que es una de las virtudes mas imperecederas.

Sobre todo el trabajo de la mujer, aunque parece pequeño y poco productivo comparado con el del hombre, es altamente beneficioso en el hogar de la familia, porque la mujer trabajadora y laboriosa, á semejanza de la hormiga, recoge grano por grano hasta conseguir llenar el

granero á fuerza de perseverancia y asiduidad.

Es necesario acostumbrar á las niñas desde sus primeros años á estar siempre ocupadas, preparándolas el trabajo segun su edad y segun sus facultades. Las muñecas han de ser su ocupacion favorita, pues empiezan por aprender con ellas el mecanismo de una casa y las necesidades de una familia.

Acostúmbreseles despues á emprender labores útiles, de manera que al terminar un bordado ó una pieza de costura, encuentren la ventaja de haberlo emprendido y vuelvan con redoblado afan á comenzar otro nuevo. Así amarán el trabajo comprendiendo sus beneficios, y nadie puede conseguir mejor esta victoria que la madre sobre sus hijos. Ella con el ejemplo impone el precepto, procurando que jamás la vean sus niños en perjudicial ociosidad.

Una señora, por elevada que sea su posicion, no debe desperdiciar el tiempo; consagre sus horas á un trabajo útil y comedido, que si al pronto no le reporta beneficio, ¡quién sabe si al-

gun dia hallará la recompensa de su abnegacion! Deben siempre cultivar con perserverancia cualquiera de sus inclinaciones que se manifieste hácia determinados trabajos.

Unas miran con predileccion la música, otras los idiomas, otras la pintura, otras gustan de ocupaciones mas mecánicas, pero todas útiles y buenas, porque desarrollan en la mujer el instinto de la conveniencia y del bienestar, y es muy esencial que sériamente hagan de aquella inclinacion un hábito constante, aprendiendo con perfecta maestría aquello á que se dediquen por aficion ó por gusto, y que sobre darles gran prestigio, puede, si un dia la fortuna les fuese contraria, servir para proporcionarse una subsistencia honrosa.

Nada cuesta el aprender un arte ó una industria, mucho menos cuando se hace por gusto, y al aprenderle solo se reciben plácemes y felicitaciones.

Los padres no pueden asegurar á sus hijos una fortuna por muchas riquezas que posean,

porque los bienes de la tierra son perecederos, y torres bien altas hemos visto desvanecerse como castillos de naipes: pero pueden asegurarles una educacion y una industria, que es la mejor riqueza, las virtudes y el talento son la mayor herencia. Dejen, pues, los padres á los hijos talentos y virtudes, y les será menos penosa su orfandad.

Conozco dos señoritas que habiendo ocupado una posicion brillante, quedaron reducidas no hace mucho á la mayor miseria por el fallecimiento de su padre, que si bien no las dejó bienes de fortuna, las dejó una educacion tan distinguida, que hoy por sí mismas atienden á las necesidades de su casa y á la manutencion de su anciana y enferma madre. La mayor, escelente profesora de piano y de canto, ha llegado á reunir tantas lecciones, que apenas tiene tiempo para desempeñarlas, y la mas pequeña haciendo preciosas traducciones del inglés y del francés, adquiere no pequeñas sumas, que con el orgullo de la virtud satisfecha, deposita igual-

mente que su hermana, en manos de su anciana madre, que las abraza llorando y bendice la elevada educacion que las dió y que hoy es el único recurso con que cuentan para sostenerse.

Las que solo quieren que sus hijas aprendan las ocupaciones mecánicas de la casa, no les dejan mas patrimonio que el de una criada; y si su desgracia hace que lleguen á la miseria, es bien triste recurso el tener que sujetarse á la servidumbre, teniendo capacidad para otra cosa.

Por eso toda madre que quiera el bien de sus hijas, debe, además de las labores domésticas, hacerlas aprender segun su disposicion un arte ó una ciencia, que al enriquecer su entendimiento las haga superiores á los séres que la ignorancia ó el fanatismo dejan en las tinieblas, sin mas luz que la de su buen sentido, y que por desgracia están destinados á formar parte de esa inmensa masa de gentes que llamamos vulgo.

Cuanto mas elevada sea la educacion, cuanto mas se esclarezcan esas tinieblas, mas irá dismi-

nuyendo el número de ese vulgo ignorante; la ilustracion se propaga, y al elevarse la mujer á sí misma, ensancha los horizontes de su mezquina condicion, se engrandece y engrandece á sus propios hijos.

Y no es que el trabajo haya de hacerla independiente; el trabajo es una cadena que la sujeta mas y mas al hogar de la famila. Si se aficiona y encuentra recompensados sus afanes, se la verá solícita y cuidadosa ensanchando el círculo de sus tareas y agarrada á la cruz que por educacion y por hábito ha llegado á ser un peso necesario en la balanza de su vida.

La que desde niña se acostumbra á estar constantemente ocupada, detesta por instinto la ociosidad, y sus pensamientos siempre son dignos y decorosos, sus ideas nobles, su corazon generoso y su conversacion sensata y agradable. No sucede lo propio con la que se ha nutrido en la ociosidad y la holgazanería; como nada útil sabe hacer, como en nada se ocupa, y el espíritu humano, y sobre todo el de la mujer, necesi-

ta pasto y pasto abundante, se acogen á la murmuracion y á las diversiones, no hallándose nunca bien en su casa y buscando fuera de ella el objeto obligado que ha de servir para su entretenimiento.

¿Qué puede esperarse de esa frivolidad de costumbres? Nada bueno. Hé aquí por qué es muy necesario acostumbrar á la mujer desde su niñez á un trabajo útil y agradable, trabajo de inmediatos resultados, que al hacerse grato a la persona que lo toma por recreo, le sea conveniente tambien si algun dia le tiene que rendir sus beneficios.

Hace pocas noches vimos á una señora anciana ocupada en hacer hilas.

—¿Por qué trabaja V. tanto? la digimos.

—Es ya en mí una costumbre el estar ocupada, y como por mis achaques y mi edad he perdido el gusto para otros trabajos, me entretengo en hacer hilas y las mando todos los meses al hospital y á las casas de socorro, donde indudablemente serán muy bien recibidas.

La noble contestacion de la anciana señora no pudo menos de conmovernos, mucho mas, porque no solo ganaban los enfermos con su trabajo, sino la familia, que imitaba su ejemplo, y se veia siempre rodeada de sus hijas, de sus nietas y de varias amigas que á su semejanza se ocupaban cada una en diferente labor.

El trabajo es una ley que nos da la naturaleza, y lo mismo el niño, la mujer y el hombre, tienen que acatar esta ley, porque es una necesidad el acatarla. Ella constituye la duracion de las familias, la perpetuidad de las razas; da la fuerza, la propiedad y la salud. El ejercicio del cuerpo y del espíritu es necesario; el primero para regularizar las funciones físicas; el segundo para levantar la inteligencia al mas alto grado de perfeccion, para despertar los entendimientos que duermen ó que permanecen embotados, hasta que un trabajo constante acaba por desarrollarlos en toda su plenitud.

La mujer que cultiva su espíritu y que le enriquece con útiles y profundos conocimien-

tos, tiene mucho adelantado sobre las demás, porque se sobrepone á la ignorancia y á las preocupaciones del oscurantismo, y fuerte con la conciencia de su deber y con el dominio que su inteligencia la concede, puede alcanzar en los arcanos de la naturaleza la propia luz que necesite para guiarse y para guiar á sus hijos por el camino de la virtud y de la razon.

La ociosidad conduce á las tinieblas y hace de las criaturas abyectos y miserables séres; el trabajo, constante, regularizado, metódico, las eleva, prestándoles independencia, fortaleza y vigor.

Acatemos, pues, esa ley santa que obligó al hombre á ganar el pan con el sudor de su frente; Dios, al darnos un mundo y una natureleza espléndida y rica, nos dice: «Trabaja, cultiva la tierra que te doy para tu sustento y tu recreo.» Y la criatura obedece á su Criador, prodigando los tesoros de su inteligencia y de su celo en el vasto campo de la cultura y de la civilizacion.

## VIII.

### La envidia.

La envidia es un veneno corrosivo que hace de la criatura una víbora maligna y despreciable.

Este defecto cruel, que se presenta en los niños antes que ningun otro, es el que mas pronto corrompe los buenos instintos, pervierte el corazon y marca su nefanda huella en el rostro de la criatura.

Cuando veais una fisonomía inespresiva, sarcástica, unas mejillas prominentes y angulosas, unos ojos de mirada recelosa y viva, y de color por lo general azulado claro, allí está la envidia. Instantáneamente marca su sello poderoso en el rostro de la persona cuyo corazon domina. La envidia se revela siempre, como el sol que aun velado entre nubes cenicientas alumbra y manda á la tierra su benéfico rayo, así la envidia envia á los mortales el rayo de su intemperancia

y de su ira, envuelto por lo general en el dardo venenoso de la calumnia. Se apodera del corazon y reina en absoluto, seguida por un séquito de pasiones ruines, miserables y bastardas. Aleja con mano fuerte todas las cualidades buenas y queda sola cuando ha llegado al apogeo de su dominio, para hacer del sér desdichado que la posee un ente abyecto, ridículo y despreciable.

Sus impresiones son fatales, pues donde otros encuentran hermosura, ella vé fealdad; donde otros hallan bondad, ella vé hipocresía; á la modestia llama vanidad calculada; al ingenio destellos pasajeros de una imaginacion viva; á la elegancia vanidoso alarde de orgullo: por último, cuando todos se muestran, ella se esconde: cuando todos hablan, ella calla.

Tal es la envidia. Negro borron que imprime la mano de Satanás en el inocente corazon del niño.

Madres previsoras, madres amantes de vuestros hijos, bienhechoras de la humanidad, unios á mí, levantad la voz con la mia, y acudamos á

cortar en la niñez ese perverso instinto; acudamos á borrar ese sello de reprobacion antes que se marque, antes que adquiera preponderancia, antes que forme alianza con el orgullo y cegando la inteligencia se apodere por completo del alma, cortando los buenos instintos y destruyendo la preciosa semilla de la bondad, los ricos gérmenes del bien de la inocencia y del candor, que son el patrimonio esclusivo de la niñez antes de sentir el aguijon venenoso de la nefanda envidia.

Cuando un niño se ha hecho envidioso le vemos uraño, macilento y triste; codicia todo lo que no tiene, y siempre encuentra en los demás alguna cosa que admirar, disgustándole cuantos objetos son de su propiedad. Esta ansiedad continua le hace estar en perpétua lucha con sus propios instintos, y nunca puede ser feliz, porque á medida que avanza en la carrera de la vida, crecen los impulsos de su satánica predisposicion, llega á ser una desgracia inmensa; se apodera de los sentidos hasta destruir por com-

pleto los gérmenes de la inteligencia y de la virtud. Digo de la inteligencia, porque el fatal anhelo de codiciar todo lo ageno embota el entendimiento, por brillante, por luminoso que sea. Ningun talento claro y despejado puede sospechar ni remotamente que haya en su misma clase ó profesion quien le haga sombra; cada uno brilla con su luz propia; cada uno tiene su distintivo, su carácter especial que le distingue de los demás, y todos caben en la humana esfera, sin que amengüe el valor de los unos, la elevacion de los otros.

Esto no pueden conocerlo los envidiosos; se creen oscurecidos, humillados, cuando otros sobresalen en su presencia, declarándoles por este solo motivo un odio mortal, y empleando para rebajar el mérito ageno que los mortifica, el arma infame de la calumnia.

La mujer envidiosa no puede reprimir la viveza de su sentimiento y descubre su flaco inmediatamente. Quisiera ser sola en el mundo, y declara guerra á muerte á toda la que valga mas

que ella, haciéndose por este motivo tan odiosa y tan antipática, que ni en su misma familia encuentra afecto y simpatía.

Y en verdad que no debe haber criaturas mas desgraciadas en la tierra: ellas no hallan instante completo de satisfaccion, y no pasa dia sin que sientan la mordedura venenosa del aspíd que las roe las entrañas. La dicha agena las da celos; el engrandecimiento de sus amigos las exaspera, y los elogios que oyen tributar á los estraños las ponen de un humor insoportable. Esta es su vida.

Para ejemplo de lo anteriormente espuesto, vamos á presentar un tipo copiado al azar de los muchos en que abunda la sociedad.

Era una elegante señora, rica; bastante bella y dotada de un talento nada comun, poseia una instruccion vasta y multitud de conocimientos puramente de adorno, merced á los cuales conseguia brillar en los salones de buen tono, siendo uno de sus principales ornamentos. Hacia muy poco tiempo que se hallaba en Madrid cuan-

do la conocí: vino á la córte casada con un hombre muy rico, que adoraba en ella, y sea por cariño ó por debilidad de carácter, consentia en todos los impertinentes caprichos de su envidiosa mitad.

Empezó mi buena señora por acudir á las sociedades, volviendo á casa cada noche atacada de una convulsion nerviosa.

—¡Oh! esto es insoportable, decia, arrojando sus ricas galas con iracundo enojo: ¿tú viste qué insolente se presentó la marquesa de C.... desafiando á todas con la luz de los infinitos brillantes de que iba cubierta? Yo tuve que esconderme, pues mi pobre aderezo de perlas al lado suyo me oscurecia completamente, y á mí no me gusta hacer un papel desairado. Te aseguro que no volveré á su casa, y si vuelvo será llevando datos ciertísimos de su borrascosa vida, para hacerlos correr de boca en boca y que sea el ludibrio de cuantos van allí para ser insultados por su escandaloso lujo.

—Harás mal, la contesta su pacientísimo ma-

rido; la marquesa es una señora de la primera aristocracia y debe presentarse como quien es, mientras que tú no posees ni la décima parte de sus rentas, y no debes por ningun concepto pretender igualarte á ella.

—Pero me humilla, y yo valgo mas, porque mi vida no está manchada como la suya, y no lo sufriré: te prometo que la he de poner en ridículo, dice la esposa, destrenzándose con furia los cabellos y corriendo á encerrarse en su cuarto para meditar sobre su idea de desacreditar á la marquesa.

Efectivamente; llega otro dia de recepcion, la invitan creyéndola una señora digna y decorosa, y se presenta con el veneno en el corazon y la ironía en los labios. Empieza su plan de ataque, mordiendo sin piedad en su reputacion á la pobre marquesa, que se esfuerza en obsequiarla recibiéndola en su casa con la mas esquisita finura; pero llegan estas calumnias á sus oidos y da órden para que jamás se vuelva á recibir en sus salones á aquella *mujerzuela*. Con este moti-

vo le quedan cerradas las puertas de la aristocracia, porque la marquesa cuenta á sus amigas lo ocurrido, cunde la voz, y en todas partes la rechazan, quedando sola y aislada con la carcoma de su envidia.

En tal estado la toma con su marido, creyendo que la desprecian porque no es bastante rica para alternar con las señoronas, y el infeliz se esfuerza en vano por convencerla, que ha sido la causa su mala costumbre de no hablar bien de nadie; costumbre que no puede reprimir, pues una mala lengua es como un torrente que se sale de madre y lo atropella todo, sin atender á las consideraciones que deben guardarse en sociedad.

Ella no lo conoce. La envidia ya hemos dicho que ciega el entendimiento mas despejado. En tal caso no la queda otro partido á ella, que quiere brillar y lucir sus encantos, que pretender la inviten en las reuniones de la clase media, donde se presenta queriendo sobreponerse á todas, y como dispensando con su asistencia una gran

honra á la sociedad que la admite en su seno; mas como la educacion, el mérito verdadero y la modestia son los que imperan en todas partes, eclipsando á las riquezas y á la altanería, no tarda en hallarse mortificada por la envidia, encontrando motivos de censura y empezando á manejar á diestro y siniestro su lengua de víbora, hasta que conociendo el mal que la aqueja, es arrojada ignominiosamente de los salones de la clase media, como lo fué de la aristocracia.

En este último apuro pretende recibir en su casa, y al efecto gasta enormes sumas arruinando á su pobre marido, con objeto de dar á sus recepciones toda la esplendidez necesaria. Invita á las señoras que ha conocido en sociedad, pero acuden pocas, porque ha perdido su prestigio y nadie la guarda las consideraciones debidas á una señora de su clase. De estas van desertando paulatinamente así que la tratan, y queda reducida su sociedad á hombres solos.

—¡Oh! las mujeres son insoportables, esclama; ¡quien pudiera ser hombre!

Así concluye por renegar de su sexo la que en todas partes fué dejando el veneno de su envidia, recibiendo en cambio el desprecio y la antipatía general. Viven aisladas el resto de sus dias, sin consideraciones, sin aprecio, siendo el tormento de sus familias, y causándose así propias la desgracia, porque todo lo ven con los negros colores del prisma que las envuelve, y en vez de hallar risueños y puros placeres, solo ven en torno suyo tétricos desengaños y falsos amigos que huyen apenas pretenden poner en prueba su amistad.

La vida del envidioso es un tormento, porque no tiene enmienda; solamente consigue con el tiempo disfrazar su maquiavelismo, aprendiendo á herir mejor y con dardo mas seguro.

Hé aquí demostrados los efectos de esa pasion bastarda, en un ejemplo, cuando pudieran citarse mil; pero basta para que las madres de familia comprendan toda la importancia de su mision sobre la tierra; basta y sobra para que las almas sensatas y elevadas pretendan, con todas las

fuerzas de su alma, desarraigar en la niñez esa mala semilla que ha de turbar la paz de sus hijos, haciendo sobremanera desgraciados á estos caros pedazos de sus entrañas. Con un poco de atencion en los primeros años se corrijen este y otros defectos, segun llevo demostrado en los anteriores artículos. La religion es la base de la vida moral; la educacion es la base de la vida social. Incúlquense en la niñez ambos principios; háganse respetar sus preceptos, y las madres habrán conseguido un gran triunfo sobre el genio del mal que se cierne en torno de nuestra humana y flaca naturaleza.

## IX.

### Consideraciones generales.

(CONCLUSION).

> La economía es la ciencia doméstica que en manos de la mujer laboriosa multiplica el haber de las familias; el órden su mejor auxiliar. El lujo es el refinamiento del gusto y de lo supérfluo en su mas alto grado.

El trabajo, la economía y el órden, hé aquí tres agentes preciosos para la prosperidad de las familias; tres virtudes domésticas que entronizadas en el hogar por la mujer laboriosa, no tardan en demostrar sus admirables efectos, produciendo ópimos y riquísimos frutos: son tres elementos que pueden sacar una casa á seguro puerto.

Trabajo, economía, este debe ser el lema de la familia, el lema del hogar, la bandera sacrosan-

ta que debiera ser enarbolada por todas las madres.

Atiéndase lo necesario, deséchese lo supérfluo y nivélense los gastos con los ingresos, arrojando de la mente la ridícula vanidad que hace querer siempre igualarnos á nuestros superiores.

Ese afan de sobrepujar al que vemos delante es la ruina de las fortunas mas altas; entra en lucha el amor propio; llega tras él la vanidad mezquina, que ciega la razon y aparece en su consecuencia el escandaloso lujo, que arrastra á las criaturas, á las familias y á las naciones á un tenebroso abismo.

¿Por qué un humilde criado se ha de vestir como su señor? ¿Por qué un propietario medianamente acomodado ha de querer igualarse á un opulento marqués?

Las hijas de un menestral, las de un pobre empleado y las de una duquesa, se confunden en un paseo sin poderlas distinguir por la igualdad de sus trajes. Y las primeras se presentan con mucho orgullo, satisfechas de que á costa de

un sacrificio, quizá enorme, han conseguido satisfacer por un momento la sed *del lujo* que devora su alma.

Y esta sed es hidrópica; esta sed no se calma jamás, crece cada dia y se hace de minuto en minuto mas exigente, mas imperiosa, estendiéndose en derredor como si fuera un contagio pernicioso. Y en efecto es así; devora caudales, devora el pan del inocente, destruye el reposo de la anciana y mancilla la honra de las familias.

¿Y qué hacer? dicen algunos, con las necesidades del siglo; ¿quién se opone á ese torrente? La moral, la conveniencia y el buen sentido debieran oponerse contrarestando á ese funesto ídolo que poco á poco va entronizándose, consiguiendo acaso ser muy pronto el absoluto, el único rey del universo.

El lujo, la moda, ídolos falsos que ha divinizado la vanidad en las costumbres modernas. Una señora no puede presentarse modestamente vestida al lado de otra que ostente un rico traje: «qué humillacion,» diria la primera, sintiendo

la llamarada del orgullo que enciende su rostro, sin ocurrírsele pensar que nadie critica á la modestia, y todos motejan al infundado lujo que se lleva sin tener para ello. Cada persona, sin salirse de su esfera, debe arreglarse á su posicion; y no debe avergonzarse de llevar lana cuando sus recursos no la permitan gastar seda, que nadie, por esto dejará de apreciarla si es digna de aprecio: si merece la estimacion, se la estimará sin reparar en su atavío modesto.

Algo mas desagradable es el alarde de orgullo que conduce á la ruina y al descrédito; mas desprecio merece la necia vanidad que funda su mérito en un blason ó en un pedazo de terciopelo.

Aunque en todas partes se va propagando este fatal contagio, en la córte se ven con mas exageracion los efectos deplorables del lujo.

No es nuevo ver un asqueroso giron cubierto con un encaje: las apariencias lo son todo: atiéndese á la superficie y se descuida el fondo: como si esa superficie no descorriese alguna vez su máscara dejando ver el lodazal que cubre. En-

tonces el ridículo mas completo cae sobre los falsos oropeles, anonadando á la pobre criatura víctima de las fatales costumbres del siglo.

Combato el lujo porque me duele su desórden, porque comprendo su desvario, aun abrigando el temor de que mi voz y mis reflexiones se pierdan como un grano de arena en el inmenso Océano. El mal es ya demasiado grande, demasiado general para poner remedio; es una especie de fiebre que alcanza al grande y al pequeño, al fuerte y al débil; sin embargo, no serán del todo inútiles mis esfuerzos, si consigo que las madres de familia, á las que van dirigidos estos artículos, atiendan mis reflexiones y me ayuden á destruir en la naciente generacion ese afan de sobresalir, de distinguirse por las cosas fútiles y superficiales; ese orgullo sin base que se funda únicamente en las apariencias, en el prisma engañoso de una ficcion ilusoria.

Infundan en sus pequeñuelos la creencia de su verdadera posicion, y háganles contraer hábitos conformes con el estado de su fortuna. De

otra manera se acostumbra á vivir en una esfera mas ancha de la que sus facultades le permiten, y llega un dia que la necesidad les hace descender el terreno propio, y entonces aquella esfera les parece mezquina, y no hallándose á gusto apelan á toda clase de medios, por reprobados que sean, para realizar sus aspiraciones.

La madre esperimentada y diestra en la ciencia de saber vivir, debe antes de entregar su hija al yugo del himeneo, enseñarle prácticamente á conocer las reglas necesarias en el gobierno de una casa.

Escuchemos los consejos que da una señora á su hija recien casada.

Son las doce de la mañana; la desposada duerme todavía; el esposo ha salido.

—Hija mia, dice la madre penetrando en la alcoba nupcial, el ama de casa debe levantarse la primera, si quiere conservar el órden en la suya. Cuando la cabeza falta, el desarreglo es inmediato.

—Pero, mamá, si mi esposo me dice que no

me levante porque hace frio.... dice la jóven saltando de la cama.

—Durante la luna de miel, los hombres ven con gusto que sus esposas permanezcan en la ociosidad y en la pereza, porque no conocen todavía la necesidad de un órden regulador que establezca en la familia la conveniencia y el bienestar. Si tú te acostumbras á dormir mientras debias dar órdenes y vigilar á tus criados, llegará un dia en que tu marido deplore el descuido que ocasiona el desórden consiguiente en una casa donde duerme la cabeza principal; entonces se hará visible su disgusto y sufrirás una reconvencion, que puedes evitar anticipándote á cumplir con los deberes que el matrimonio te impone. Levántate, pues, y ven conmigo.

Es ley obedecer al superior; la nueva ama de casa se levanta y sigue á su madre.

Entran en el tocador.

Los armarios están abiertos, las ropas esparcidas por los muebles y cubiertas de polvo, las alhajas fuera de los estuches y caidas algunas

por el suelo, otras en el tocador entre las pomadas y los jabones que las manchan y ennegrecen.

—Ves que desarreglo, dice la madre; tu doncella, en igual de entrar temprano á colocar cada cosa en su sitio, está en conversacion con el ayuda de cámara, y ni uno ni otro cumplen con su obligacion porque saben que nadie les vigila ni les marca su deber.

En medio de este desorden, cuando todo está tirado por el suelo, es muy fácil que se pierdan hoy una joya, mañana otra, ó bien se llene de manchas un rico vestido, y sumando en fin de año el valor de estas pérdidas, ascenderá á una cantidad enorme, que faltará mañana en el capital de tus hijos.

—Es verdad, mamá, no lo habia previsto, dice la jóven. En adelante cuidaré de colocar yo misma cada cosa en su lugar, segun mi doncella me las vaya presentando limpias y arregladas.

—Esa es la primera obligacion; luego marcar su obligacion á cada criado, no consintiendo ja-

más en que alteren las horas y el método que les designes á su capricho ó por conveniencia propia. Debes tratar á todos con dulzura, pero con verdadera dignidad; un carácter firme que no transige con la falta de cumplimiento en sus inferiores, inspira respeto y consigue con poco esfuerzo una obediencia cumplida.

Desde el tocador pasan á las demás dependencias de la casa, hallando en todas igual abandono; el comedor se ha convertido en cuartel general de los criados que allí forman tertulia, tomando por asalto los aparadores y los armarios, que ofrecen á su voracidad ricas viandas, esquisitos dulces, pastas y botellas en abundancia.

—Ves, la dice su madre mostrándola aquel cuadro lastimoso; estos son los efectos de tu negligencia; te acostaste sin dejar dispuesto qué habian de hacer y se despachan á su gusto: vendrá tu marido y no tendrá almuerzo; ya ves que no le será muy grato el tener que marcharse á la fonda.

—Yo no tenia dinero para ir á la compra, dice

con descaro la cocinera, y como no hemos almorzado comemos lo que hay á mano.

—Tiene V. razon, contestó la señora; mi hija es una niña que no sabe todavía el arreglo de una casa.

—Pronto estará todo en órden, mamá; descuida, que esto me servirá de leccion.

En efecto, la recien casada empieza bajo la direccion de su madre, por aprender el arte de saber vivir, el manejo de la casa y los medios de economizar tiempo y dinero, regularizando los trabajos, y señalando á cada ocupacion horas fijas y exactas. Lleva una cuenta minuciosa y regularizada de todos los gastos de la casa, procurando siempre tener por mayor los artículos de primera necesidad; en fin, de cada mes hace un balance de cuentas, y examina los gastos que han sido infructuosos para evitarlos en el siguiente: destierra todo lo supérfluo y conserva únicamente lo necesario, esmerándose en renovar las ropas y adornos, variándoles las formas para que duren mas tiempo. Así, de los fondos que el marido la

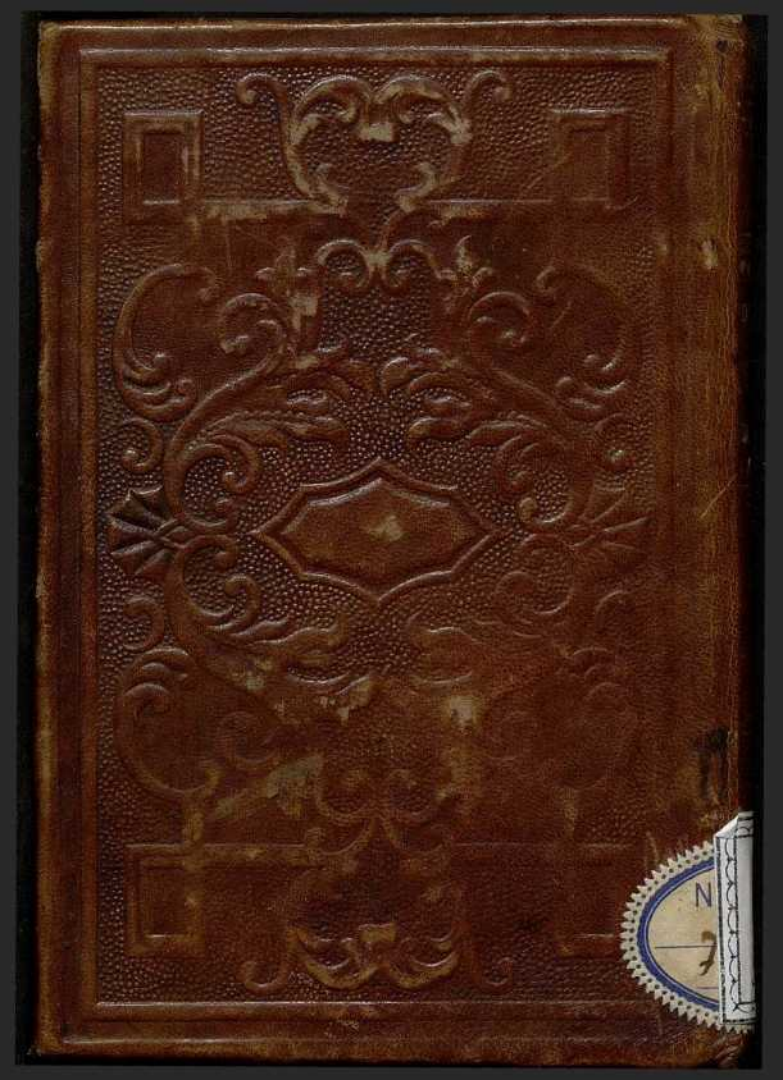
entrega para gastos de tocador, conserva algunos ahorros que utiliza admirablemente en situaciones apuradas, que tarde ó temprano siempre se dejan sentir en las familias por elevadas que sean.

No se limitan los consejos de la madre á la ciencia doméstica; tambien enseña á la inexperta jóven el modo de conducirse en sociedad, que se reduce á un estudio profundo de finura y de cortesanía. Es necesario tratar á las personas segun su categoría y su carácter, teniendo un fondo inagotable de indulgencia para con los demás, y una severa rigidez para con nosotros mismos. Todos tenemos debilidades y preocupaciones; unas y otras están ocultas á nuestra vista, porque nadie conoce sus defectos; de aquí proviene el que nos amargue la verdad, el que nos hiera la franqueza de un amigo que nos arroja al rostro cualquiera impertinencia que nos hemos permitido. En estos casos es necesaria la tolerancia y la bondad: debemos transigir con las debilidades de otros para que transijan con las nuestras.

Los ancianos y los sacerdotes merecen toda nuestra atencion, toda nuestra veneracion; los niños nuestro tierno afecto; los pobres nuestra caridad, y nuestros donativos adecuados á nuestras facultades.

Jamás una señora de buenos sentimientos debe despertar la envidia en sus amigas ó conocidas: procure captarse el cariño de todas siendo atenta con ellas, procurando siempre complacerlas, prestándolas el apoyo y proteccion que necesiten.

En una palabra, la mujer para ser respetada y estimada, debe ser en sociedad amable, atenta y respetuosa; para con su familia, complaciente, cariñosa y buena. El cumplimiento de su deber será la norma de su conducta, y si consigue á las virtudes del alma unir los frutos de la inteligencia, será una mujer perfecta, amada y admirada generalmente por propios y estraños.

FIN

Donación a la Biblioteca Universitaria de Granada, en memoria del malogrado poeta BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.